

¿Qué Opinión tienen Otros de Usted?

La vida de Juan el Bautista

Nos gusta pensar que somos hombres y mujeres de carácter, que no nos dejamos influenciar por la corriente, las modas y las opiniones de los demás. Nos consideramos personas con principios claros y definidos, que no cedemos ante las presiones de gustos e ideas de otros. Si esto es cierto, ¿por qué lucimos el corte de pelo o peinado que tenemos? ¿Por qué tenemos espejos en nuestras casas? Es natural que deseemos que nuestros colegas piensen que somos personas de “buen gusto” en nuestro vestir. Obviamente queremos que nuestros vecinos nos consideraren como una familia “normal”. Y claro, también nos preocupa bastante lo que otros cristianos piensan de nosotros, ¡en especial aquellos con los cuales nos congregamos! Seguramente que, discretamente, recibiríamos con agrado expresiones como “Gracias a Dios lo tenemos a usted, un hermano tan espiritual”, “Qué alegría trabajar con una hermana llena del Señor como usted”, “Usted es un creyente de gran corazón”, “Usted es un pilar en nuestra iglesia local”, “Usted es para nosotros un ejemplo de una vida disciplinada”, “¡Qué mujer tan virtuosa es usted!”. Pero... ¿qué piensa el Señor Jesucristo de nosotros? Lo que somos ante los ojos de Dios eso es lo que somos en realidad. ¡Nada más!

Hasta ahora, el hombre más grande

¿Qué es lo que hace que un hombre o una mujer sea grande en los libros de Dios? ¿Estamos viendo nuestra vida como Dios la está viendo? ¿Estamos luchando las batallas correctas? Tarde o temprano daremos cuenta al Señor de la manera en que hemos invertido nuestras vidas. ¿Cómo lo hemos hecho hasta ahora? Unos años atrás quedé impresionado por la manera en que Jesús calificó la vida de Juan el

Bautista: “De cierto, de cierto os digo: Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista” (Mateo 11:11). ¿Por qué esta descripción tan elevada de Juan el Bautista? ¿Más grande que Abraham? ¿Más grande que Moisés? ¿Más grande que los reyes David y Salomón? ¿Más grande que Isaías quien también profetizó la venida de Cristo? ¿Qué fue lo que Cristo vio en Juan el Bautista para darle esa referencia tan especial? Esta elevada calificación nos motiva a estudiar la vida de Juan el Bautista.

Una vida corta y diferente

¿Qué sabemos de Juan el Bautista? Lucas nos cuenta que era pariente de Jesús y que nació 6 meses antes que él (Lucas 1:36). También sabemos que fue el único hijo de una pareja de ancianos, Elisabet y Zacarías el sacerdote, ambos descendientes de Aarón, y que estos eran “justos delante de Dios” (Lucas 1:5-7). Aunque su nacimiento estuvo rodeado de hechos milagrosos, él mismo nunca realizó un milagro (Juan 10:41). Fue arrestado y luego decapitado en prisión a los treinta y pico años de edad (Mateo 14:10). ¿Qué hizo que su vida fuera tan especial?

¡No es posible agradar a todo el mundo!

Las Sagradas Escrituras no esconden el hecho de que Juan el Bautista era un personaje algo raro. En contraste con la dignidad del estilo sacerdotal de su padre Zacarías, Juan asumió una dieta poco convencional y una forma bastante tosca de vestir (Mateo 3:4) ¿Cómo verían sus padres (si aún vivían) y sus vecinos a este joven inconformista? Los milagros que rodearon su nacimiento hizo que muchos vecinos se preguntaran: “¿Quién, pues, será este niño?” (Lucas 1:66). Pero Juan no siguió un estilo de vida tradicional. Su mensaje estaba lejos de ser popular dentro de los establecimientos religiosos. De hecho, la gente que le seguía se distanciaba del templo y de los sacrificios estipulados por la Ley. Sin embargo, el pueblo consideraba que Juan era un profeta (Mateo 14:5).

En cuanto a las autoridades del gobierno, observamos que Juan era todo un enigma para el rey Herodes. Éste trataba de proteger a Juan porque era evidente que se trataba de un “varón justo y santo” (Marcos 6:20). Pero, por otro lado, no le convenía que Juan hiciera público el mal comportamiento moral del rey. Herodías, la mujer con que vivía el rey Herodes, vio en Juan una amenaza a su estilo de vida “libre” y sensual. Ella odiaba a Juan y ella fue la que orquestó su ejecución (Mateo 14:1-12). Es claro que el estilo de vida de Juan el Bautista no era compatible con la religión organizada. Sin embargo, las palabras de Cristo permanecen: “Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista”.

Es posible que si buscamos la aprobación del Señor Jesús experimentaremos la desaprobación de la sociedad. Si perseguimos las felicitaciones de otros creyentes podemos alejarnos de las condiciones necesarias para recibir las felicitaciones del Señor. Seamos bien claros: La vida que le agrada a Dios no le va a agradar a todo el mundo. Siempre ha sido así. Si sinceramente buscamos la aprobación del Señor, debemos estar dispuestos a ser criticados. No debemos usar esto como excusa para convertirnos en antisociales o personas problemáticas. La instrucción del apóstol Pablo fue: “Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los

hombres” (Romanos 12:18). ¿Qué fue, entonces, lo que el Señor vio en Juan el Bautista? Encontramos por lo menos 4 cualidades bien importantes:

1. Juan fue obediente a su misión

A diferencia del llamado de Moisés, Juan el Bautista no fue llamado a asumir una posición de liderazgo. La misión que Dios le encomendó fue preparar el camino para Aquel que vendría después de él. Juan se mostró contento con su papel secundario y dispuso su vida cumplir esta misión. Cada uno de nosotros fue creado con un propósito. Usted y yo también tenemos una misión de parte de Dios. Seremos más efectivos si dedicamos nuestras energías a cumplir nuestro llamado. Pero el camino de la obediencia no fue fácil para Juan. Es doloroso defraudar las expectativas de los que nos aman. A diferencia de Moisés, Juan el Bautista no recibió de Dios poder para hacer señales milagrosas para aumentar su popularidad o para acreditar su ministerio. El Señor Jesucristo sigue valorando el trabajo fiel y persistente que continúa hasta terminar la tarea. Jim Elliot, un misionero cristiano que murió a manos de los Aucas en el Ecuador, escribió una vez: “Un hombre es inmortal hasta que Dios termine con él”. Si usted está convencido de que Dios lo ha llamado para algo, persista en esa misión. ¡No se rinda! ¡Termine!

2. Juan anhelaba que Cristo creciera

“Viene tras mí el que es más poderoso que yo”, predicaba Juan, “a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado” (Marcos 1:7). Llegó el día en que su humildad fue puesta a prueba. Algunos de sus discípulos más fieles lo dejaron para seguir a Cristo (Juan 1:35,36). Al ver esto, otros de sus discípulos se molestaron con la reducción del grupo e intentaron proteger el ministerio de Juan el Bautista (Juan 3:23-28). Pero a Juan le alegraba ver el desarrollo del ministerio de Jesucristo. La ambición de Juan no era crear una institución religiosa. Su meta no era reemplazar el fallido sacerdocio judío. Su satisfacción no provenía de sus índices de popularidad. Juan comparó su felicidad con la que siente un joven cuando su mejor amigo está pronto a casarse. “Este mi gozo está cumplido. Es necesario que él crezca, pero que yo mengue” (Juan 3:29,30). ¿Siente que está creciendo la presencia de Cristo en su vida? ¿Es Cristo cada vez más importante, más central, en su ministerio y en su servicio? ¿Cómo nos sentimos cuando nuestros amigos se alejen de nosotros para acercarse más al Señor Jesús? Llegará el día en que tendremos que terminar esa actividad cristiana y entregar ese ministerio. Para que el buen plan de Dios siga su curso, debemos soltar, dejarlos ir, hacernos a un lado o bajarnos del escenario. No hacerlo sería estorbar la obra de Dios por medio de otros. No somos indispensables. ¡Mengüemos con alegría!

3. Juan rechazó el pecado enérgicamente

Cuando un amigo visita a un misionero que vive en un país muy pobre, el visitante se muestra sorprendido por la suciedad, el ruido y la pobreza que ve en la calle. Pero después de varias semanas de visita, la sorpresa pasa. Pero la suciedad, el ruido y la pobreza continúan en las calles. ¿Qué pasó? Sencillamente, el visitante se acostumbró al ambiente. De igual manera, podemos acostumbrarnos a la presencia de pecado en nuestras vidas. Posiblemente la primera vez que cometimos ese

pecado nos sentimos terriblemente culpables – sentimos que habíamos ofendido a Dios. Pero ahora lo hacemos y no nos molesta. No pudimos dormir ese día que descubrimos un pecado moral o una práctica incorrecta en nuestra iglesia local. Pero poco a poco nos acostumbramos a dicha situación. De hecho, puede ser que ahora hasta colaboramos en el asunto. Juan el Bautista era muy diferente. Lo conocían por ser un “varón justo y santo” (Marcos 6:20). Detestaba todo lo que era incorrecto, injusto, perverso. No era un hombre que andaba con apariencias y disimulos. Él vivía convencido de que el pecado es pecado - sin importarle si otros lo consideraban normal y sin importarle quién lo practicaba. Se dedicó a predicar y llamar al arrepentimiento, un arrepentimiento verdadero que se evidenciaba en un cambio de conducta. Para Juan el Bautista, el denunciar las prácticas malvadas de personajes de influencia en la sociedad le costó su vida. Si buscamos la aprobación de líderes seculares, políticos o religiosos, pronto nuestros ojos se volverán ciegos frente al pecado. ¿Permanecemos pasivos ante el pecado? ¿Reaccionamos cuando encontramos un pecado en nuestra vida, en nuestra familia o en nuestra iglesia local? Jesucristo valoró la manera en que Juan el Bautista rechazaba enérgicamente el pecado. Jesucristo aún valora esta cualidad.

4. Juan ardía de pasión por Cristo

Una conversación puede ser fría y aburrida hasta que se toca un tema de mutuo interés. ¿Ha notado la manera en que algunos despiertan al hablar de fútbol o de política, de motocicletas o recetas culinarias, de computadores o teléfonos celulares? Me sorprende y me entristece, que aún entre cristianos fieles, el tema de la persona de Cristo no provoca mucha pasión. No se nos ocurre qué decir cuando nos reunimos a adorarle en la Santa Cena. Pero no ocurre lo mismo cuando se trata de nuestra doctrina favorita o de nuestros distintivos religiosos, temas sobre los cuales podemos pasar horas discutiendo – ¡hasta enojarnos! El apóstol Pablo pudo decir: “Para mí el vivir es Cristo” (Filipenses 1:21). Para Juan el Bautista, Jesucristo también era su pasión.

Refiriéndose a Juan, Jesús dijo: “Él era antorcha que ardía y alumbraba y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz” (Juan 5:35). Imagínese por un momento una de esas antorchas romanas ardiendo en fuego. La pasión que Juan sentía por el Señor le consumía y, al arder por Cristo, su vida alumbraba y calentaba a los que le rodeaban. Una vida cristiana apasionada y llena del Espíritu es muy atractiva y aún contagiosa. ¿Y usted qué? ¿Será que los que le conocen usarían la palabra “apasionada” para describir su vida cristiana? ¿Será que su manera de vivir y de hablar enciende el amor por Cristo en los corazones de otros? Aquellos hombres privilegiados que caminaron con Jesús hasta Emaús exclamaron “¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras? (Lucas 24:32). Sólo una verdadera comunión personal con Cristo pone a arder nuestro corazón. Que Cristo sea la pasión de nuestra vida.

¿Qué opinión tienen otros de usted?

¿Quién lo tiene a usted en un buen concepto? Normalmente los humanos le damos mucho valor a lo temporal. Apreciamos los aplausos y elogios de nuestros semejantes. Pero la aprobación de los hombres sólo vale algo si estos hombres valen algo. ¿Y qué valor pueden tener estos hombres? “Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece” (Santiago 4:14). La Palabra de Dios es clara: “Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Samuel 16:7). Tal vez nuestros compañeros de trabajo nos consideren empleados ejemplares. Quizás nuestros vecinos nos cataloguen como ciudadanos responsables. Es posible que los hermanos con quienes nos congregamos nos describan como “doctrinalmente profundos y muy espirituales”. Pero... ¿qué piensa el Señor Jesucristo de nosotros? Lo que somos ante los ojos de Dios eso es lo que somos en realidad. ¡Nada más!

Felipe Nunn
Armenia, Colombia
Enero 2003

Traducido por:
Abner Trejos

Fuente: www.philipnunn.com